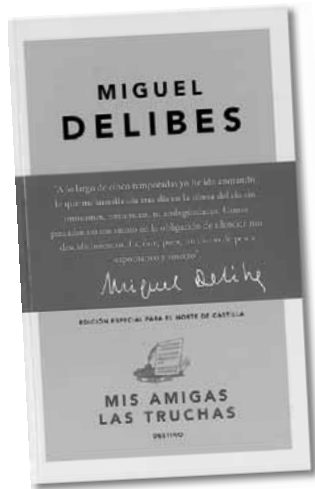




| TODO DELIBES |

UNA COLECCIÓN DE EL NORTE DE CASTILLA

'Mis amigas las truchas'



- **Entrega:** Mañana, sábado.
- **Precio:** tres euros más el cupón de portada.
- **Editorial:** Destino.
- **Colección:** 'Todo Delibes'. Segunda parte de las obras completas.

Mi homenaje a los peces

EN abril de 1946, al día siguiente de mi boda, me aficioné a la pesca de la trucha. Paseaba yo con mi mujer por la ribera del río Besaya, en Molledo Portolín (Santander), cuando vi a Panín González —que, con el tiempo, sería un experto montador de cucharillas en su pueblo natal de Santa Olalla y moriría prematuramente— extraer de la rasera que precede al pozo del Confitero un magnífico ejemplar [...]. A lo largo de cinco temporadas yo he ido anotando lo que me sucedía día tras día en la ribera del río sin omisiones, reticencias, ni ambigüedades. Es este, pues, un diario de pesca espontáneo y sincero. Por eso creo que, pese a la mediocridad de mi técnica y la pobreza de mis recursos, el libro 'Mis amigas las truchas', puede resultar útil e, incluso, en algún aspecto, aleccionador. Queda por aclarar la razón del título. Durante un tiempo dudé entre varios pero, finalmente, opté por este en homenaje a estos peces que me han proporcionado ratos y emociones muy vivos. Lógicamente las truchas no compartirán mi punto de vista, esto es, es muy posible que mi inclinación amistosa hacia ellas no sea correspondida. La cosa es lógica. En el juego ellas arriesgan más que yo. Se trata, por tanto, de una amistad unilateral, pero el libro lo he escrito yo y no ellas y, consecuentemente, hablo desde mi personal experiencia.

MIGUEL DELIBES

'Mis amigas las truchas', el disfrute de la naturaleza a orillas del río

Es el único libro del escritor dedicado a la pesca, actividad que él ha practicado

Texto de Ramón García Domínguez. Foto de El Norte.

MIS amigas las truchas', apostillado por el propio Delibes 'Del block de notas de un pescador de la ribera', es el único libro del escritor vallisoletano dedicado al deporte de la pesca. Y no porque él no lo haya practicado con asiduidad y constancia, sino porque se ha sentido tímido a la hora de coger la pluma y contar sus experiencias con la caña en la mano. Oigamos cómo lo explica el propio escritor—pescador: «Hasta hoy no me he decidido a escribir una sola palabra sobre el tema, siendo así que la pesca de la trucha me parece un arte tan completo y apasionante como el de la caza de la perdiz roja, actividad con la que he llenado ya muchos papeles, seguramente demasiados».

«Hay un razón obvia para esta diferencia de trato: la timidez. Con afición a la caza nació. Desde que abrí los ojos vi a mi padre consumir los ocios dominicales del otoño y el invierno con la escopeta al hombro, de modo que llegué a identificar ocio con caza, vacaciones con naturaleza. La caza fue, por tanto, para mí una avocación innata».

Afición adherida

«Esto no me sucede con la pesca de la trucha. Mi afición a la pesca, aunque con casi cinco lustros de práctica regularmente asidua, no pasa de ser una afición adherida, de la que disto mucho de ser un experto. Hablando en plata, ante la trucha yo me sigo considerando un aprendiz».

Aprendiz, pero de una gran afición y constancia. El libro recoge las pescatas de cinco tempo-



Piezas cobradas en una jornada de pesca.

radas, las comprendidas entre 1972 y 1976, en los ríos Órbigo y Rudrón principalmente. Jornadas de pesca de las que Delibes, pese a considerarse un «pescador del montón» (sic), no recela en contárnoslas con pelos y señales, haciendo caso omiso del hermetismo que, al parecer, caracteriza a los pescadores. «El pescador de truchas — comenta el novelista — reserva para sí sus descubrimientos».

El pescador no ve un amigo en otro pescador que surge en el primer recodo del río, sino un adversario. Quiero decir que la experiencia piscícola son rigurosamente personales y, en consecuencia, todo pescador de truchas es, inevitablemente, un autodidacta. A contrarrestar este silencio secular apuntan las pá-

ginas de este libro [...] Como pescador no me siento en la obligación de silenciar mis descubrimientos; no va conmigo el secreto profesional».

Fina ironía

Delibes no silencia en absoluto sus lances, tinos y desatinos en el arte de la caña, y lo hace siempre recordándolos con gran minuciosidad en las descripciones, una personalísima fluidez y espontaneidad en el lenguaje y, particularmente, una fina ironía que baña el libro de punta a cabo. Si la semana pasada, en sus memorias deportivas de 'Mi vida al aire libre', nos aclaraba el escritor que, para él, el sentido del humor solo es tal cuando empieza por uno mismo, estas crónicas piscícolas de 'Mis amigas las tru-

chas' son una prueba fehaciente de esta ironía aplicada a la práctica del deporte de la pesca. La columna adjunta —'La deportividad'— es un botón de muestra, pero podríamos escoger un ramillete de crónicas de este mismo tenor. Y junto a la ironía, el lirismo de no pocas pinceladas paisajísticas y la emoción y ternura cuando habla de tipos humanos con los que se topa en sus jornadas de río o cuando lo hace de sus hijos como compañeros de andanzas piscícolas. «A mis primeros discípulos, Miguel y Juan, mis grandes maestros hoy»: Así reza la dedicatoria del libro.

Más información en el canal Las Letras de Castilla y León en www.nortecastilla.es

La deportividad

Ayer tarde pude volver a casa con la trucha del siglo y, sin embargo, me vine de vacío. Queda un consuelo: Uno inmóvil su prestigio en aras de la deportividad. No faltará quien se pregunte: «Oiga, ¿y qué es eso de la deportividad?». Respondo: un cazador que tira con escopeta de dos cañones es, por ejemplo, más deportivo que otro que lo hace con una repetidora. Un cazador que en su duelo con las perdices utiliza el calibre 20 será más deportivo que aquel otro que emplea el calibre 12, cuyo círculo mortífero de plomeo es sensiblemente mayor. Y así podría-

mos seguir. En la pesca de la trucha, aunque las cosas no son tan claras, no dejan de ser concluyentes. Así, para mí, un pescador con cebo artificial es más deportivo que un pescador con cebo vivo. Un pescador que utiliza una cuerda de tres moscas es más deportivo que otro que emplea una de siete con la que barre el río. Finalmente —y aquí está la madre del cordero— un pescador que arma su aparejo con un hilo del 16 es infinitamente más deportivo que otro que lo haga con hilo del 24. La deportividad, en todo caso, radica en detalles aparentemente



RAFAEL VEGA

TEXTOS DE LA ANTOLOGÍA (CAPÍTULO VII)

insignificantes pero que, en realidad, no lo son tanto. Pero vayamos al grano. ¿Qué es lo que me sucedió ayer a mí que precisa tanto preámbulo? Exactamente esto: presumir de cazador deportivo, montar un aparejo con un hilo como un pelo y dar ocasión a una trucha morrocotuda —a poco de tres kilos— a partírmelo en pedazos y largarse con viento fresco. Insisto que mi pretensión es consolarme con aquello de la deportividad, mas dejaría de ser sincero si ocultase que esta es la hora en que sigo ciscándome en la deportividad y lamentando no ha-

ber armado el aparejo con un hilo del 22 en lugar de con un hilo del 16. Esto supone que en el fondo, fondo, yo no soy un pescador deportivo, sino un tipo con pretensiones de serlo y que se lamenta de haberlo pretendido cuando la pieza enganchada se larga aprovechando la chance que uno le dio. Un lío. (...) Si hay un momento en la vida en que el hombre debe poner cara de tonto es aquel en que un pez de tres kilos, bien trabado en el anzuelo, le rompe en dos el aparejo y le deja en la orilla, impotente, con una vara en la mano.

Entra en la web más completa sobre la vida y obra de

Miguel
D.e.l.i.b.e.s

Las Letras
de
Castilla y León
NorteCastilla.es

Patrocina:



Colabora:

